

*Perlongher: sexualidad y saber. Búsqueda ensayística y emergencia intelectual.**

Javier Gasparri**

Universidad de Rosario, Argentina

Resumen: *El presente artículo se centra en la obra del argentino Néstor Perlongher (1949 – 1992) para intentar rastrear e interrogar un pensamiento sobre la sexualidad, sin descuidar las implicancias literarias del mismo, y en el marco de conjeturas críticas en torno a su singular ejercicio intelectual como así también el recurso al ensayo como forma de articulación conceptual. En esta dirección, la experiencia-límite de Perlongher permite vislumbrar (e hipotetizar) consecuencias y proyecciones literarias y políticas, afirmando así una ética. Se tratará, entonces, de una búsqueda esencialmente escrituraria del saber (en el marco de los saberes actuales a Perlongher, sobre todo las líneas posestructuralistas, y asimismo con la atención puesta en el activismo de disidencia sexual) pero que también compromete y se conjuga con la puesta del cuerpo en su afirmación vital.*

Palabras Clave: *Néstor Perlongher, sexualidad/sexo/género, ensayo y saber, intelectual*

Perlongher: Sexuality and Knowledge. A Quest through the Essay and Intellectual Emergence

Abstract: *This article focuses on the work of Néstor Perlongher (Argentina, 1949 - 1992) attempting to track down and interrogate thinking about sexuality, without neglecting its literary implications, and in the context of critical assumptions about its singular intellectual exercise as well as the use of the essay as a form of conceptual articulation. In this direction, Perlongher's limit-experience allows to have a glimpse (and hypothesize) consequences and literary and political projections, thus affirming an ethic. It will be, then, a search of an essentially scriptural knowledge*

(in the context of current knowledge about Perlongher, especially poststructuralist lines, and also focusing on sexual dissidence activism) but that also compromises and combines with placing the body in its vital affirmation.

Key words: *Néstor Perlongher, sexuality/sex/gender, essay and knowledge, intellectual*

Introducción

Si, como nos enseñó Foucault (2008), el sexo es esa cosa imaginaria inventada por el dispositivo de sexualidad (y no al revés) que al instalarlo como prohibido no hizo sino volverlo más deseable (de allí la proliferación de discursos -la “voluntad de saber”- que conducen a su regulación), entonces quedará instalado el límite –inmediatamente naturalizado- entre lo normal legítimo y lo anormal abyecto. Este límite, a la manera de un corte tajante, efectúa una división binaria que permite la clasificación de sujetos de acuerdo a un sistema sexo-genérico que sólo muy recientemente pudo ser analíticamente desmontado: según sostiene Judith Butler (2007), es la “matriz heterosexual de inteligibilidad” la que instaura una linealidad de deseo, género y sexo en los sujetos. Es posible, sin embargo, observar allí una complejidad en torno al límite, puesto que ese binarismo que establece es deudor, para poder inventarse, de una operación más compleja que una mera separación: en primer lugar, porque no se trata de un límite impuesto desde el lugar que ‘auto-

*Este trabajo presenta los resultados de la investigación de posgrado realizada entre Abril 2009 y marzo 2012 para la Maestría en Literatura Argentina (Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario), titulada *Néstor Perlongher. La literatura al límite*. **Recibido el 19 de Julio de 2013 aprobado el 8 de noviembre, 2013.**

** Profesor en Letras egresado de la Universidad Nacional de Rosario. En esta misma Universidad integra el equipo docente de literatura argentina y es miembro de los Centros de Estudios de Literatura Argentina y de Teoría y Crítica Literaria, como así también del Programa Universitario de Diversidad Sexual. Es, además, becario del CONICET, y realiza actualmente la Maestría en Literatura Argentina y el Doctorado en Humanidades y Artes (Mención Literatura). Investiga sobre sexualidades y género en literatura argentina y latinoamericana. Ha colaborado con diversos artículos en libros y publicaciones especializadas. Contacto: jegasparri@gmail.com

legítima' (el pretendido 'adentro') sino que necesitó primero inventar su 'afuera' para poder constituirse a sí mismo como normalidad, ley y modelo. Y en segundo lugar, porque los espectros de esta división son bastante más enredados: quienes quedan 'del otro lado' son, sí, los 'invertidos', pero que en verdad se encuadran en "la innumerable familia de los perversos, vecinos de los delincuentes y parientes de los locos" (Foucault, 2008, p.42) —y que en el caso argentino es abordado por el ya clásico trabajo de Jorge Salessi (2000)-, de manera que queda anudado, así, lo que hoy escandimos en planos sexuales, genéricos y deseantes, formando un patrón monolítico clasificatorio —la 'falla' en uno desbarataba al resto- que va a dar lugar a una regulación del conocimiento (el límite público / privado) cuya contracara especular es el "secreto" (Kosofsky Sedgwick, 1998).

Dentro de este marco que enunciarnos de modo básico, la obra de Néstor Perlongher supone, incesante e ininterrumpidamente, una pregunta y un ensayo sobre el deseo —en principio sexual- (Baigorria y Ferrer, 1997) que, en tanto tal, movilizará de manera inaudita en la literatura argentina una *escritura emputecida* que condensará —bajo el nombre de ese deseo- una serie de problemas y operaciones (teórico-críticas, políticas y poéticas) en torno al meollo identitario (en términos genéricos, sexuales y deseantes y en sus interrelaciones) y que aquí agrupamos bajo la noción foucaultiana de sexo. Perlongher, entonces, no sólo pone en primer plano el sexo, o más precisamente, "el deseo homosexual" (para ajustarnos a las matrices clasificatorias nominales que le son contemporáneas), en tanto representación, figuración, tematización, visibilización y reflexión, sino que también lleva la propia escritura (emputecida) al límite de lo decible y de lo inteligible, fundando una *lengua-(de-la)-loca* al límite de los géneros: sexuales, literarios y discursivos. He aquí su singularísima voz.

1. "La voluntad de saber" según Perlongher.

En un ejemplar de *La voluntad de saber*, primer tomo de la *Historia de la sexualidad* de Foucault, que se encuentra en la Biblioteca del Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas de la Universidad Estadual de Campinas, leemos en la última página

"final angustiante!". El ejemplar, según indica un sello que también tienen otros tantos libros de los estantes de sexualidad y género, perteneció a Néstor Perlongher. Pese a los casi veinte años que debe tener ese ejemplar alojado allí (esto es, el tiempo transcurrido desde la muerte de Perlongher, tras la cual su biblioteca personal —y también su archivo- fueron donados a dicha Universidad), mi imaginación quiere suponer que esa inscripción es suya. Por razones cuantitativas (de tiempo y de potenciales lectores) sería absolutamente verosímil pensar que fue realizada por algún estudiante que sacó el ejemplar en préstamo, pero mi obsesión detectivesca tiene como contraargumento que la letra de esa inscripción coincide con la del propio Perlongher que se halla en sus archivos.

Supongamos, entonces, que ese "final angustiante!" fue escrito por Perlongher. ¿Qué tiene de "angustiante" Foucault? Repasemos: publicado en 1976 y sin duda leído muy tempranamente por Perlongher, ese tomo de la *Historia de la sexualidad* supone un corte epistemológico en el modo de entender la sexualidad que desmonta y da vuelta la extendida "hipótesis represiva" para proponer en cambio una incitación y proliferación discursiva en las que las "scientia sexualis" tienen un papel central. El dispositivo de la sexualidad, así, inventa el sexo como cosa deseable, en tanto conocimiento, precisamente para poder regularlo y controlarlo. El poder de este dispositivo, entonces, en tanto regulador de los cuerpos vivientes (que establecerá sus normas, esto es, quiénes quedan dentro y quienes son arrojados al territorio de lo abyecto, es decir, los clasifica), da lugar a la que tal vez sea la apuesta conceptual más fuerte y resonante de Foucault: la noción de biopolítica. La formulación explícita de esta noción llega en el último capítulo, como corolario general del libro y casi como su conclusión. Lo que, en suma, nos enseña Foucault allí, polemizando con marxistas y psicoanalistas por igual, y también con los incipientes movimientos gay (en general llamados por ese entonces "de liberación", tanto en Europa y en sintonía con el '68, como en EEUU a partir de Stonewall, y también en Buenos Aires), es que no hay nada que liberar sencillamente porque nunca hubo nada reprimido. Antes que represión lo que hubo fue regulación,

antes que censura lo que hubo fue control. Y es ese básicamente el cierre del libro, su última oración, provocativa pero lanzada al futuro: “Ironía del dispositivo: nos hace creer que en ello [forzarle al sexo su secreto y arrancarle las confesiones más verdaderas] reside nuestra ‘liberación’” (Foucault, 2008, p.152). Y es precisamente allí, bajo este último párrafo de la última página, que está escrito en lápiz “final angustiante!” ¿Es esto lo que angustió a Perlongher, es decir, la trampa de la “liberación”? Y también: por final tal vez debamos entender final del libro, pero, además, ¿hay otro(s) final(es) posible(s)?

Indagar en estas preguntas, y elaborar posibles conjeturas en torno a este hallazgo accidental que siempre correrá el riesgo de no ser veraz, supondrá, antes que un par de respuestas, una ocasión para interrogarnos sobre lo que la obra de Perlongher sabe sobre la sexualidad, esto es, el modo en que, más acá de los pronunciamientos explícitos y de la “angustia” que le provoca Foucault, da a leer *su* saber sobre el sexo y sus límites, afirmando la indeterminación que experimenta literariamente.

Tal vez en y con ciertos recovecos y repliegues, fundamentalmente del ejercicio intelectual y la búsqueda ensayística, que recorreremos a continuación, Perlongher encontró algún saber indeterminado y desconocido de, por y sobre la sexualidad, sin saberlo él mismo, y de este modo, “angustia” mediante, halló una salida posible a ese “final” y, a su manera, le respondió a Foucault.

2. Postales del aburrimiento: Perlongher, intelectual.

2.1. Postales intelectuales

“Por lo general, me aburro. Me aburro tanto que no puedo pensar en otra cosa que en mi aburrimiento, lo cual resulta doblemente aburrido”, le escribe Perlongher a Osvaldo Baigorria, desde Buenos Aires, en octubre de 1980 (Perlongher, 2006, p.45). Esta imagen de un Perlongher que está, según esta misma carta, sin trabajar, “con letargos de radical pereza”, pero que ya está pensando en Brasil, va modulando ciertos gestos en torno a la inacción del hastío. Perlongher, en Buenos Aires, *no*

tiene nada que hacer, y entonces el entusiasmo por los “maravillosos brasiles” dan a leer una señal de lo que vendrá.

Tal vez resulte un tanto extraña esta imagen perezosa de quien nos ha acostumbrado, en la construcción de su imagen más conocida, a un torbellino que no se detiene. Quisiera rastrear, en esta dirección, una breve lectura de ciertos momentos puntuales, ciertos gestos, ciertas anécdotas, puestas en palabras tanto por el propio Perlongher como por otras personas, y que nos dejarían observar algunas tensiones en torno a la singular figuración intelectual de Perlongher, tanto desde una perspectiva enunciativa (es decir, desde qué lugar supone que habla un intelectual, en términos de posicionamiento discursivo que se pretende legítimo) como desde una perspectiva funcional (o sea, qué rol –social, cultural, político– se arroga un intelectual).

Esa imagen del aburrimiento, además, pone en escena cierta tradición esteticista / decadentista que se activa sobre todo en su inflexión romántica: pensemos en Oscar Wilde diciendo que el peor pecado es el aburrimiento (cuya contracara es el ocio hedonista), y también en el *flaneurismo* baudeleriano que –lectura benjaminiana mediante– Perlongher retoma en su gesto errante con el que formula sus “poéticas urbanas” (callejear, perderse en la ciudad: *yirar*) que supondrán no sólo una poética sino también una metodología de la investigación en su tesis, una política vital y un modo de encuentro con el conocimiento. Podríamos pensar, en este sentido, también en la inflexión abyecta o maldita del *dandy*.

En la calle, entonces, ocurren situaciones, que intersectan el deseo y sorprenden o desconciertan al intelectual-investigador ocupado en el trabajo de campo de su tesis:

Yo –escribe Perlongher– me he enamorado de algunos jóvenes negros y he hecho el amor con muchos. El fantasma del racismo acosa a estas relaciones y produce, a veces, situaciones delicadas. Un joven negro con quien transé, me zarandé violentamente –yo había gastado todo mi dinero y no quería volver a casa con él– espetándome: “¿Vocé acha que só porque eu sou preto soy só uma piroca?” [¿Creés que porque soy negro soy sólo una pija?]. (Perlongher, 2006, p. 69)

Estas aventuras ya habían comenzado en Buenos Aires, cuando Perlongher comienza sus investigaciones sobre prostitución masculina, y allí la juntura entre deseo-de-saber y deseo-sexual ya daban una ocasión experimental para los modos en que una investigación puede, también, realizarse con diversión y descontracturando ciertos protocolos epistémicos. Aventuras que, al mismo tiempo, se insertaron en un momento de peligro y terror urbano que sin embargo tomaron el riesgo y no retrocedieron ante él.

Recuerda Sarita Torres, que acompañaba a Perlongher en esas aventuras callejeras de la década de 1970, que ella era la encargada de fotografiar a los taxiboyos y entonces, “para no levantar sospechas me hacía la señora tonta, despistada, en medio de cinco mariquitas. (...) Néstor me decía: sacá ahora, y ahí trataba de hacerme la tonta, como que equivocaba el objetivo. (...) [Se] mezclaban el miedo y la diversión (...): yo tenía que separar correctamente el deseo de las locas de fotografiar chongos de la necesidad de identificar el objeto de estudio” (en Rapisardi & Modarelli, 2001, p.182).

Pero al mismo tiempo, la imagen perlongheriana se ve desde los ojos de los *michés* atrapada en el estereotipo letrado del “profesor”. Él mismo lo registra en la justificación empírica de su investigación:

El hecho de haber conseguido un grado considerable de inserción en el mundo de la noche no elimina el riesgo de interferencias subjetivas, que resultan de esas mismas condiciones de inserción. Ya mencioné la edad, que me situaba en determinada franja del mercado. También mi cualidad de intelectual me ubicaba, dentro del gueto, en el ramo específico de los “profesores”. (Perlongher, 1999, p.35)

Los prostitutas paulistas lo perciben, entonces, como un intelectual, como el profesor que aunque “interfiera subjetivamente” con ellos no deja de estar realizando una investigación académica, que aunque se interese sexualmente por ellos (“¿creés que soy sólo una pija?”) no escapa a la determinación de quien va allí a ‘teorizarlos’. Sin embargo, es al mismo tiempo quien trae el “brillo discursivo” y el “verso” y en ese sentido es también un potencial

cliente que podría “deslumbrar al muchacho” con su poder cultural, según la propia descripción de Perlongher al referirse al eje de los clientes: “Dinero en el bolsillo y cultura en la cabeza”, le dijo un *miché* (Perlongher, 1999, pp.122-123).

Por cierto, la tradición del profesor -o en sentido amplio el maestro- que supone para un joven (sea o no su alumno, sea o no pobre, marginal, delincuente) una posibilidad de relación con la cultura, el saber y/o el arte -además, claro está, del vínculo sexual que puede o no estar rentado económicamente-, es ya un tópico de las relaciones intermasculinas (digamos: ciertas tradiciones llamadas ‘homoeróticas’), que desde su inauguración socrática va trazando una historia intelectual del deseo entre varones, lógicamente redefiniéndose cada vez mediante puntos de inflexión en cada coyuntura. Formuladas la mayoría de las veces (sobre todo desde la modernidad) como “novelas de iniciación”, en efecto las “Historias de vida” de los *michés* que Perlongher incluye podrían leerse en esa dirección.

Algo recorre la figuración del intelectual como profesor (una imagen que en Perlongher se nos presenta bastante reactiva, acostumbrados como estamos a acercarlo a una “¡bonita profesora!”); pero también si se trata de un escritor, como en este caso, habría allí una serie de posiciones y/o funciones ejercidas en sus propios límites (o no). En este sentido, plantea Roland Barthes:

Frente al profesor, que se inclina hacia la palabra, llamaremos *escritor* a todo operador del lenguaje que se incline hacia la escritura; en medio estaría el intelectual: el que imprime y publica su palabra. Apenas hay incompatibilidad entre el lenguaje del profesor y el del intelectual (a menudo coexisten ambos en un mismo individuo); pero el escritor está solo, aparte: la escritura comienza allí donde la palabra se torna *imposible* [*insoportable*] (entendiendo esta palabra en el mismo sentido en que, en francés, se aplica a un niño). (Barthes, 2009, p.361)

Pese a esta tipificación barthesiana un tanto esquemática y organizada en torno a la posición enunciativa -que además revela una vez más el fetichismo de Barthes con la palabra escrita- la distinción resulta productiva porque nos recuerda precisamente el plano irreductiblemente discursivo

en el que se juega el ejercicio intelectual, más allá de las funciones históricamente ancladas que haya puesto en disputa.

Sin embargo, si nos situamos más acá de esas funciones, y buscáramos por lo tanto vincular la imagen de Perlongher con la de ciertos modelos intelectuales de sus años, nos reencontramos con el aburrimiento y el desafío. Observa Sarita Torres que:

Néstor fue un barroso de la trinchera con sed de chongo de base. Le seducía la oralidad de las lenguas de las bocas del bajo fondo de San Pablo, que a su vez eran similares al bajo fondo del Río de la Plata. *Pero era difícil ese levante para él, se le pegaban los intelectuales, que lo aburrían tremendamente.*

(...)

La sensualización de su escritura confrontaba las trabas de la sociedad de aquellos años, no le temblaba la voz para dar batalla con discusiones que se presentaban con los poetas intelectuales, periodistas, escritores, académicos snobs. *Reñía contra el snobismo, no soportaba los rostros entrabados, la pose poco relajada, disfrutaba estar con la otra banda.* (Torres, 2010. Cursivas nuestras)

En efecto, si nos situamos ahora en la figuración intelectual en términos políticos y vinculada a un accionar, las “postales” de provocación militante de Perlongher son numerosas. Recordemos su ingreso a la izquierda: “no quiero que me entiendan sino que me cojan” (Lemebel, s/f); o su cita de Sarduy repetida hasta el cansancio: “Lo primero para hacer la revolución es ir bien vestida” (Lemebel, s/f). Pero en este caso quisiera leer la intensidad del gesto corrosivo en la anécdota que refieren Osvaldo Baigorria y Christian Ferrer; ellos cuentan que

Una vez, en medio de una charla entre militantes de izquierda alguien quiso ser sarcástico en su comentario respecto a un chico de apariencia equívoca: “pero ¿ese es un hombre, una mujer, o qué?”. Parece que Perlongher habría respondido: “Es *qué*”. (Baigorria & Ferrer, 1997, p.9)

Esto es: desacomodar, descolocar, marcar e impugnar el autoritario binarismo sexual ajeno, mediante un gesto que no evita la confrontación pero que, en lugar del choque directo desde alguna

verdad posicional no menos determinante, lo hace retomando sus propios términos, corroyéndolo desde su propio interior, devolviendo la burla: “es qué” -entendiendo a su vez ese “qué” antes que como una objetivación reificante como la posibilidad abierta de una indeterminación. (Y en este sentido, no está demás recordar una vez más cómo se anuncian ciertas operaciones de las sexualidades no normativas, luego conceptualizadas como *queer*: la apropiación festiva del insulto, invirtiendo su valor y de ese modo disolviéndolo como tal, dejándolo sin efecto.)

De este modo, ante ciertas morales, no sólo homofóbicas o machistas sino también aquellas que aunque se proclamen “progres” o “críticas” no dejan de exhibir a cada paso limitaciones de corrección bienpensante, la interrogación incesante es de qué manera se podrían formular intervenciones impactantes que las interpeleen mediante apuestas teóricas (sin a su vez dogmatizarlas) que afirmen su potencia en el devenir conceptual como *saber* más o menos legítimo, conjugadas con una acción política que sustraiga dichas postulaciones teóricas del reino letrado snob cuyas voces intelectuales -que proclaman grandes verdades- a Perlongher lo aburren.

En este sentido, siguiendo la propuesta de Carlos Altamirano en torno al modo de diseñar una historia intelectual, es preciso considerar como asunto “el trabajo del pensamiento en el seno de experiencias históricas” (Altamirano, 2005, p.10), al cual sólo accedemos –como ya nos recordó Barthes- mediante los discursos, y entender además que se enuncian desde una posición de verdad que se sostiene y se legitima mediante la proposición o postulación de algún saber. Un intelectual, así entendido, supondría una figura mediadora. Ante todo en términos discursivos, pero también en términos sociales, culturales y políticos. No casualmente, por eso mismo, la tradición letrada que supone casi cualquier historia intelectual y su postulación (ya sea interior o exterior) como *elite*. Claro está, entonces, que es esta figura la que aburre a Perlongher y de la que él desea alejarse o directamente sustraerse en su propia autofiguración. Aunque al mismo tiempo reconozca esa tradición letrada en su trabajo

poético y literario: claro está, barroco y compañía¹. Esto también nos da ciertas señales acerca del modo en que literatura y política (o poesía y saber, o teoría y vida), en Perlongher, si bien van juntas y resultan indisolubles, *jamás se subordinan* unas a otras: se relucen en su propia singularidad, como heterogeneidades que pueden contactarse entre sí, conservando así sus intensidades y potencias *al mismo tiempo*. Por eso, de lo que Perlongher se puede distanciar en términos de figuración intelectual es del humanismo (y su clave moral: “el compromiso”) como resaca sartreana *relativamente* vigente (o anacrónica, según cómo enfatizamos la relatividad) en los años ’70 y ’80. Puede formular, así, intervenciones enérgicas pero sin ceño fruncido ni solemnidad, cuyos rápidos representantes -entre otros tantos- podrían ser el semblante densamente serio de David Viñas, o el denunciacionismo ejemplar de Rodolfo Walsh. Entonces, antes que a la polémica como espacio retórico-argumentativo de discusión intelectual anteojada, Perlongher nos remite al *escándalo*: más ruidoso, más *camp*, en suma, más marica.

Sus intervenciones poéticas, en tanto actos públicos de lectura, son en este sentido insoslayables, y ponen en escena lo que ocurre cuando desde la palabra poética o literaria, sin dejar de afirmarse a sí misma como tal, funciona como intervención política en torno a una experiencia histórica: pienso, claramente, en las lecturas de “Cadáveres”. Por un lado, en las que relatan Sara Torres y María Moreno: Sarita recuerda cuarenta personas paradas en el living de su casa, shockeadas: “fue muy impresionante, muy impactante”, enfatiza; y María Moreno no duda en afirmarlo: “para ‘nosotros’ [el fin de la dictadura] fue cuando Néstor Perlongher leyó en el hall del teatro General San Martín su poema “Cadáveres” (1996, p.196). Pero por otro lado, pienso también en la anécdota relatada por Roberto Echavarrén acerca del escándalo que produjo la lectura de ese poema en la Biblioteca Nacional de Montevideo por

tratar “de un asunto tan serio con el tono risueño y derrapado de un chiste” (2004, p.465).

Y a propósito de las intervenciones literarias, una última ‘postal’. En la película *Rosa patria*, de Santiago Loza (2008) cuenta Fernando Noy que una noche llevó a Perlongher a ver un unipersonal de Batato Barea, en el Café Mozart, en el que Batato incluía en el repertorio poemas suyos. En un momento, Batato recitaba un poema de Perlongher (de cuya presencia esa noche Noy no le había avisado) y, por un error de su memoria o tal vez por una argucia del clown literario para relajar al público –especula Noy- se transmutó una palabra en el poema y Batato dijo “tractor”. La risa de la gente fue inmediata, pero Perlongher se levantó de la mesa diciendo “yo nunca escribí la palabra tractor”, se fue a la calle y no lo volvieron a ver.

Si bien Perlongher, en un claro gesto de confrontación con cierto ‘modelo’ de intelectual de sus años, propone e interpela desde un sitio de disidencia dicho modelo, inventando otra imagen, abriendo otra posibilidad para el ejercicio intelectual, al mismo tiempo la desconfianza hacia los pronunciamientos intelectuales cargados de solemnidad y mirada seria (y el aburrimiento que le provocan) tampoco nos conducirían por mera oposición dicotómica a la imagen del desparpajo antiintelectualista, como ocurre en este caso: Perlongher, un poeta que trabaja obsesivamente sobre su palabra, no se puede relajar y se ofusca ante el cambio de una palabra; el gesto irreverente de Batato se le tornó insoportable porque su palabra poética es escrita con *seriedad* microscópica –como de hecho puede constatararse en sus manuscritos. (O en todo caso, se ratifica la observación barthesiana en torno a la distancia entre el escritor y el intelectual.)

Quisiéramos vislumbrar, entonces, mediante estas diversas ‘postales’ perlongherianas presentadas (las cuales podrían multiplicarse con muchas otras), que precisamente porque se trata de una figuración intelectual emergente, resulta irreductible a sus modelos coexistentes (digamos estereotipadamente: el intelectual serio -snob o solemne o comprometido- y el insolente o desfachatado antiintelectual); antes bien, se afirma en la tensión entre ellos y lo que en último término propone y formula es un lugar desconocido y heterogéneo respecto de esa

¹ Aunque a su vez se hace necesario señalar que en el trabajo poético como invención se repite la tensión, esto es, se trata de algo irreductible a un artefacto barroco, por un lado, y a una escritura de los bajos fondos, por otra; lo que hay es algo heterogéneo respecto de esos polos y por lo tanto desconocido, inédito, inaudito.

dicotomía, que se termina disolviendo o desarmando al situarse en un *más allá* de ella, y que de ninguna manera podría pensarse como una mera síntesis dialéctica.

2.2. Proyecciones intelectuales

La obra de Néstor Perlongher, y concomitantemente su imagen de autor, presenta una clara voluntad de transgresión como valor cultural. Lo que este impulso tenga de singular, sin embargo, no nos exime de situarlo en una coyuntura precisa: la resistencia a la Dictadura argentina, el posterior estallido democrático y las políticas de visibilización homosexual de la década de 1980. La práctica de la transgresión, entonces, supone una política cultural en sentido amplio que perseguirá el cuestionamiento de ciertos límites (literarios, sexuales, nacionales, lingüísticos) a través de la adscripción a (y en nombre de) alguna ‘causa’.

Sin embargo, retrocediendo ante el valor que se le adjudica a ese impulso transgresor -pero sin dejar de reconocerlo como tal-, es posible pensar que la experiencia-(de los)-límite(s) en y de (la obra de) Néstor Perlongher, por su fuerza intensiva, conmueve los límites establecidos y dados: son corroídos desde adentro, a la manera de una descomposición química, llevados a su propio extremo y puestos fuera de sí. La división que esos límites ostentaban, entonces, queda suspendida y los términos de su oposición arruinados; de esta manera, los límites no resultan abolidos ni transgredidos sino corridos, desplazados, a fuerza de ser “tocados” (Nancy, 2003a, 2003b, 2007) y “experimentados” (Blanchot, 1996), y como consecuencia se hace necesario replantear o redefinir el espacio al que aquellos límites daban forma. Esto es: esos espacios que los límites de/limitan (sexo, patria, lengua, sujeto, vida, género, literatura, intelectual) son re-conocidos, identificados y ejercidos, pero a fuerza de intensidad, como ‘haciendo la prueba’ y bajo el impulso de una política de la resistencia, se los cuestiona en y desde sus mismos límites, experimentando su propio límite –el límite de esos límites- que es llevado al extremo para exhibir el fracaso de aquello que de/limitan. Desde esta perspectiva, es posible tomar distancia de una moral de la transgresión (y consecuentemente de la realidad binaria en la que se

sostiene: o este lado o el otro) y al mismo tiempo de una confianza culturalista en la noción de frontera, según la cual esa franja indecisa daría lugar a fenómenos de intercambio y procesos de mezcla, pero que, a nuestro entender, no permite aprehender la singularidad que se está afirmando o disputando, ya que la diferencia, la tensión experimental, es normalizada (y no pocas veces homogeneizada) en nombre de la igualdad. La potencia ambigua del ‘entre’ como afirmación, apenas descripta, se ve aplanada o aplacada por la voluntad integradora y la mezcla deviene cliché.

En Perlongher, *la literatura al límite* supone, en principio, que se escribe al límite del discurso de las ciencias sociales, al límite de las lenguas (español – portugués), al límite de los territorios (Argentina – Brasil), al límite de lo legible o inteligible, al límite de la captación sensorial, al límite de los géneros (sexuales y literarios), al límite de las funciones personales (poeta, intelectual, profesor, activista, antropólogo, ensayista): todos estos espacios delimitados y a veces opuestos, pero siempre heterogéneos, son llevados y puestos *al límite extremo* de sí mismos y exhiben así sus propias limitaciones como tales que, consecuentemente, posibilitarán su corrosión, su desplazamiento y su apertura.

En este sentido, las funciones y/o figuras del intelectual, del poeta, del militante, del ensayista, del investigador social, del ‘brujo’, precisamente en y por su proliferación, lejos de escandirse o escindirse, se superponen y se solapan obsesivamente, revelando así el límite extremo en el que son ejercidas y encarnadas, como un borde filoso, al borde de su propia disolución, y dan lugar así a un espacio expandido en el que esos límites fueron socavados, por lo cual lo que delimitaban pierde (ya perdió) su identidad definitoria, su posibilidad de re-conocimiento. Esto permitiría explicar, también, por qué en lugar de la pretendida mezcla o mixtura o entrecruzamiento, la figura, la obra y la escritura de Néstor Perlongher pueden ser pensadas en un espacio de la suspensión categorial.

Articulando estas líneas de lectura con el eje del ‘intelectual’, puede considerarse el modo en que Perlongher escribe, en el marco de la violencia dictatorial y de los primeros años de reinstauración

democrática, una serie de poemas y ensayos que ponen en discusión los discursos que, por esos años, se interrogaban (de un modo central e impostergable) sobre el horror reciente y la Argentina por-venir. En estos discursos, ceñidos básicamente al campo intelectual y literario, se trataba, lógicamente con diversidad de matices y distintos grados de distanciamiento y complejidad, de re-pensar la nación. Perlongher, entonces, se plegará a esa misma interrogación en un primer movimiento pero para disentir inmediatamente con cualquier modo de pensamiento identitario y más aún si éste se halla anclado en delimitaciones territoriales. Esto es lo que ocurre, nítidamente, en su intervención en la revista *Sitio* a propósito de la Guerra de Malvinas: desde Brasil, Perlongher –asombrado o espantado-gritará irónicamente: “todo el poder a Lady Di!”. Las escrituras en torno a Evita también exhiben el perfil incómodo que supone Perlongher en sus intervenciones en revistas culturales: antes había sido *Sitio*, ahora se trata del escándalo en la revista *El porteño* a raíz de la publicación de su relato *Evita vive*. En esta dirección, también puede observarse un modo de la figuración intelectual de Perlongher que también es puesta al límite: en espacios como estos en los que la provocación era un valor legitimado, él lleva siempre el límite más allá, mostrando así las limitaciones de los mismos y a la vez la afirmación dislocada (el límite quedó en suspenso y por ende lo que definía) de sí mismo; esto es, Perlongher se muestra como demasiado maldito o políticamente incorrecto para los intelectuales de *Sitio* y demasiado intelectual ilegible para el ‘periodismo progre’ de *El porteño*. Hay allí una figura del exceso como puesta al límite en tanto modo del extremo.

La figura del ensayista, además, en tanto figura esencialmente escrituraria, supone la necesidad de considerar e indagar en torno a la estrecha relación con ciertos modos de la figuración intelectual, o mejor, de la construcción de esa imagen –que como ya vimos, es claramente problemática y tensa en el caso de Perlongher. Por eso, si en los episodios recién referidos (Malvinas y Evita) se plantea la interrogación y la intervención sobre la identidad ‘nacional’, por supuesto que también es posible rastrear cuando el acento está puesto en la identidad sexual. Es evidente que ambas preocupaciones

son variaciones de un problema político y de hecho Perlongher así lo entenderá también. Es casi seguro, además, que los resultados y los efectos que produzca en las dos direcciones sean casi los mismos por estar sujetos a una moral de la transgresión y la provocación. Sin embargo, lo que nos interesará particularmente en esto será la corrosión que practicará sobre estas funciones, lo cual supone el ejercicio de diferentes matices posicionales.

En esta dirección, entonces, es posible relevar dos figuras de intelectual para trazar una comparativa: una es la del *intelectual-activista* de Guy Hocquenghem –que retomaremos más abajo- y otra es la del *intelectual-artista* de Pier Paolo Pasolini. El primero está en la base de la imagen que construye Perlongher, y es además decisivo por la influencia que adquiere para él como referencia crítica a partir de su articulación entre ciertos lineamientos filosóficos (fundamentalmente Deleuze – Guattari) y las primeras organizaciones políticas de homosexuales. En el caso de Pasolini, habría allí una comparativa de cierta productividad, ya que si bien Perlongher no se muestra particularmente interesado en el trabajo pasoliniano, es posible emparentarlos por el modo en que ambos, preocupados más o menos por problemas similares, a saber, política y ‘eros’, buscan dar cuenta de una representación sexualizada del horror: ambos, también, emergidos en y desde una experiencia del horror sin precedentes (la Italia fascista, la dictadura Argentina), crearán la imagen del intelectual disidente, pero ya no con el *status quo* sino con los propios intelectuales, cuyo modo de ejercer la crítica deviene en una nueva moral bienpensante. Esto es: si el intelectual moderno de izquierda, siguiendo ahora a Edward Said (1996), en su función más o menos tradicional y convencional, tiene como deber la vigilancia ética y el cuestionamiento crítico de su realidad histórica en nombre de la justicia, es previsible que ese cuestionamiento, una vez normalizado de su radicalismo, provocación o escándalo al *status quo*, inmediatamente gire –cuando no al dogma- a un nuevo *status quo*, a una nueva moral, es decir, que ese sacudimiento se torne, él mismo, una vez aceptado o legitimado o normalizado, un nuevo modo de lo políticamente correcto o lo bienpensante. Esta disidencia (que además resulta afirmativa, ya que no se trata tampoco de un gesto impugrador o

negativista), entonces, es la que ocurre entre Pasolini y el Mayo Francés, entre Perlongher y cierto sector del campo intelectual argentino. Se trata de dos ‘intelectuales’ que muestran, exhiben, el fracaso de esa función por hacerla probar sus propios límites, o dicho de otra manera, la ejercen de tal modo que la llevan al límite y hacen fracasar ‘eso’ que delimita. En este sentido, teniendo en cuenta la desconfianza que tenía Perlongher hacia el rótulo ‘intelectual’, la poca simpatía que le suscitaba, el modo en que lo aburría, quisiéramos pensar –a contrapelo de esto– que ejerció la función intelectual de todas maneras, y que si mostró sus limitaciones no fue absteniéndose de ejercerla sino al revés: ejerciéndola al (y en el) límite.

3. Perlongher en la trinchera: sexualidad y saber.

Nunca terminaremos de estimar la invención radical de *Austria-Hungría* (1980) y *Alambres* (1987), los dos primeros poemarios de Néstor Perlongher. No sólo por la irrupción y la emergencia que suponen en el contexto de la literatura argentina, poniéndola al límite, abismándola poéticamente, sino también por el modo en que afirman una política (poética) de la disidencia sexual.

Estos dos poemarios ponen en escena (y en el caso de *Austria-Hungría* es preciso entender literalmente esa puesta en escena) una fuerte configuración de la trinchera como *locus* bélico que afirma la insumisión de un deseo, transfigurado aquí en una voz literaria inaudita en cuyo acto se inventa a sí misma. Un deseo que se hallaba atrapado, primero, en la violencia de Estado de la dictadura argentina, y luego, en la pregunta en torno a la reinención de alguna forma de nación en la restauración democrática.

Ese arco temporal, entonces, que atraviesa y conecta las décadas de 1970 y 1980, significan para el deseo homosexual, o mejor, para el cuerpo de los homosexuales, la posibilidad de las primeras agrupaciones activistas a comienzos de los ‘70, en tanto políticas de la visibilidad, para luego ser canceladas por la dictadura en el contexto más amplio de sus exterminios, como así también la posibilidad de una nueva visibilidad con la restauración democrática que inmediatamente es desbarrancada con la emergencia del sida.

En este sentido, si la homosexualidad, cuya invención podemos datar en 1869, atraviesa gran parte del siglo XX para comenzar a ser torcida y transformada (en una palabra: ‘despatologizada’) en los movimientos de liberación de fines de la década de 1960 (digamos simbólicamente: en Stonewall, en 1969), esa rejilla de captura y control de cuerpos y deseos que supuso “la homosexualidad” sería un fenómeno de cien años de duración. De allí el modo en que volveremos intensamente, una y otra vez, la mirada hacia las décadas de 1970 y 1980, puesto que en ellas se cifran tanto el ajuste de cuentas con el pasado como la emergencia de los acontecimientos y las preguntas de lo que hoy nos afecta, nos subjetiva, nos inventa, nos hace soñar el futuro. Por lo demás, la década de 1990, llegada en medio de la crisis del sida y los albores de las políticas *queer* de la disidencia (como movimiento al principio, y luego como desarrollo teórico), es el hilo que llega hasta nuestro presente².

Con este rápido y conocido repaso lineal, queremos subrayar la singularidad de las dos décadas en cuestión que coinciden, punto por punto, con los años de actividad de Néstor Perlongher. En efecto, su participación en el grupo Eros y en el Frente de Liberación Homosexual de Argentina, durante los primeros años de la década del ‘70, supone el comienzo de su visibilidad política como militante, al mismo tiempo que sus primeros textos publicados (artículos, folletos sueltos, algunos poemas). Son esos, también, sus años de formación, que incluyen su título de sociólogo y el contacto con las lecturas que lo marcarán para siempre: Freud, Marx, Reich, Marcuse, Bataille, Foucault, Deleuze y Guattari, fundamentalmente. Son también los años de los sueños de liberación: las novedades

² Por supuesto, restaría precisar, cada vez, y en cada ocasión, el modo en que este amplio proceso se da en cada escenario cultural (entendiendo en este caso las culturas como relativamente situadas en términos territoriales). No obstante, es interesante observar cómo un recorte (o un relato) ‘macro’ –como este– se deja pensar desde una focalización sincrónica. Esto es: estos años, y estas décadas, coinciden casi sin desfase en Estados Unidos, Europa y gran parte de América Latina: efecto del pop y la industrialización cultural, de las nuevas tecnologías de la comunicación, primeros destellos de la globalización por venir, o todo eso junto más otras cosas, en cualquier caso el análisis comparado revela diferencias a la par y en la misma medida que simultaneidades. Para una excelente articulación histórica de la década de 1960 como “big-bang cultural” en relación con los dispositivos de normalización sexual (y su posibilidad de disidencia) conjuntamente con las batallas formales que atraviesan el arte y la literatura.

que llegan desde Estados Unidos y desde Europa (sobre todo Francia), en este sentido, señalan una verdad y un camino: política y eros van juntos, hay que liberar el deseo. Y por supuesto, también son los tiempos de la intoxicación literaria con las primeras lecturas barrocas³.

Pero es exactamente cuando el terror dictatorial se instala en Argentina y cancela para siempre estos días de promesas de felicidad, que encontramos a Perlongher escribiendo con una firmeza que no lo abandonará jamás, es decir, descartados los primeros escritos sueltos de los años previos⁴, allí comienza la búsqueda interminable e indeterminada de una obra, o sea, allí comienza la experiencia literaria. Su entrada a la literatura, entonces, como contrapartida del silencio: *escribo porque no puedo hablar*. Perlongher está en la trinchera y desde allí batalla: afuera está la guerra.

Y he aquí la fórmula: “un barroco de trinchera”. En su correspondencia con Osvaldo Baigorria, Perlongher la utiliza para referirse a las condiciones de censura que deben atravesar sus cartas personales por temor a que sean abiertas por los funcionarios (policiales) del correo. Precisamente es desde su primera carta desde San Pablo, en septiembre de 1981, que Perlongher le escribe a Baigorria:

Muchas veces acaricié –o sobé- la idea de, amparado en las tropicalidades, en sus blanduras, narrarte sin vanos arcaísmos, sin barroquismos de trinchera, los avatares que en este largo tiempo me han sucedido, y cuya crónica la sistemática curiosidad de los chasquis llevaba –lo has, pobre, padecido en propio ojo- al hermetismo, al jeroglífico. (...) Ignoro qué de las innúmeras –poéticas- versiones sobre mi vida te han llegado: y tampoco me animo –me deprime sobremanera- a derramarte por esta vía (aérea) las lágrimas (desesperadamente literales) que sucesivas reclusiones y encontronazos con los azules –ojalá blues- me han arrancado: sólo baste decirte que entre febrero y abril he sido detenido tres veces

³ Hay abundantes fuentes a las cuales remitir para la ampliación documental y/o crítica de los movimientos y grupos de liberación sexual en Argentina (particularmente en Buenos Aires) durante la década de 1970, y también acerca de la participación de Perlongher en ellos.

⁴ Se comprenderá, no obstante, que este ‘descarte’ no significa que sus primeros textos (publicados algunos póstumamente y otros aún inéditos en su archivo que se aloja en la Universidad Estadual de Campinas) no tengan interés. Por el contrario, sería interesante comenzar a pensarlos como destellos de la invención del estilo por venir. La distancia que aquí queremos señalar, entonces, tiene que ver con un gesto: la entrega a la literatura que ocurre hacia fines de los años ’70.

–la primera de ellas, en Mendoza, apaleado, por el mero delito de mis preferencias eróticas, o, aún, por su suposición. (2006, p.52)

Allí está todo: Perlongher, establecido en Brasil desde 1981, ahora puede escribir sin “barroquismos de trinchera”, aunque en este sentido importe menos el itinerario biográfico que esa lengua (literaria) emergente que seguirá experimentando cada vez. Osvaldo Baigorria, el destinatario de esas cartas, conceptualiza lúcidamente la fórmula, a tal punto que le sirve de título para su edición (Perlongher, 2006): “una lengua que se habla bajo fuego, en medio del combate, en una posición más subterránea que la oración de barricada. Una lengua menor pero urgente, apremiada por sacarle el cuerpo a la posibilidad de captura o destrucción en manos del enemigo. Una lengua política”, señala Baigorria (2006, p.20). La idea, además, será retomada por María Moreno (2008). Pero esto ya es otra historia: es precisamente el relato que se abre desde Brasil, cuando ese “barroco de trinchera” puede formularse como posibilidad poética. Tal como Perlongher mismo lo afirma en varias entrevistas: un barroco de trincheras, dice en una de ellas, sería “un uso del barroco que pretende irrumpir en el llamado discurso social, que a veces es muy aburrido” (Perlongher, 2004, p.293).

De manera que, mientras esta lengua es usada en Buenos Aires, en su inmediatez política urgente, de lo que habla es de la imposibilidad de hablar: una lengua que hace posible decir que es imposible decir. En este sentido, la imagen de sí que Perlongher va construyendo en las cartas escritas en Buenos Aires insisten en el encierro, la reclusión forzosa en su departamento: “no salgo ni a comprar cigarrillos” (2006, p.50). Perlongher está atrincherado y el exilio para salir de la guerra se hace inminente: “insostenible, parto, hartó” (2006, p.49), le escribe a Baigorria en su última carta desde Buenos Aires, fechada en mayo de 1981⁵.

Pero esa trinchera de Perlongher desde la cual batalla el cuidado de sí en medio de la violencia bélica que está ocurriendo en Argentina también se configura literariamente en *Austria-Hungría*, su

⁵ No es un detalle gratuito recordar, además, que Perlongher se autoproclame en este sentido “un exiliado sexual”.

primer poemario, y que es el único que Perlongher publicaría en Buenos Aires viviendo él mismo aún allí –el resto también serán publicados en Argentina, pero viviendo en Brasil. El dato no es accesorio: es el único libro de poemas *escrito* en Buenos Aires, esa ciudad en la que, por esos años, el único modo de tomar la palabra era inventando lenguas menores que el enemigo no pudiese comprender. Por eso, en términos políticos estrictos, en relación con la coyuntura de su violencia presente, se trata de una lengua que dice aquello que *no se puede decir*: por la imposición de silencio que aún rige y sobre todo porque la experiencia del horror reciente e inmediato es *irrepresentable*.

En este sentido, *Austria-Hungría* presenta una serie de operaciones poéticas que permiten leer allí la “captación bruta” (Garramuño, 2009) de una violencia histórica inmediata, ejercida en y sobre los cuerpos, que es política porque es sexual y viceversa, puesta en palabras (aspirando a ser nombrada) con urgencia, y por eso mismo escrita tocando en su límite extremo: de otra manera, insinúa la poética perlongheriana, no podía ser escrita. Así, esas fuerzas en tensión que recorren la escritura de Perlongher, al impactarse en el límite, dejan lugar al acontecimiento de una lengua *inaudita e inédita* que, en términos sexuales, echa luz sobre un mundo (nombrándolo, tornándolo visible) y –en el límite entre secreto y saber- deja oír sus voces. Se trata de una lengua *sexopolítica*: entre la lengua del barroco de trincheras y la lengua-(de-la)-loca emerge, de modo heterogéneo (ya que no se trata meramente de una síntesis o una mixtura sino de una juntura entre ellas que no pueden sino funcionar juntas), esa lengua que singulariza a Perlongher como su invención literaria radical.

De esta manera, la fricción entre el hermetismo y la captación histórico-cultural, en *Austria-Hungría*, señala el “delirio poético” que, a su manera (o incluso, de la única manera que puede: como *un barroco de trincheras*), inscribe eso que “*está pasando también en algún nivel*” (Perlongher, 2004, p.295). Y aquí nos encontramos, nítidamente, con las operaciones culturales de las sexualidades no normativas que atraviesan la poética de Perlongher. No sólo por su corrosión genérica de los límites heteronormativos entre ‘lo masculino’ y ‘lo femenino’ sino también

por la transgenerización gramatical (por ejemplo, la feminización que es devuelta –riendo- a un sodomizado soldado astrohúngaro al ponerla en su voz) y por el uso concreto de un léxico: términos que habiendo nacido como injurias o estigmas son reapropiados festivamente: loca, puto, marica, sodomita, etc. Perlongher no sólo que se los reapropia sino que, en el caso concreto de *Austria-Hungría*, les cambia el valor o los devuelve: “tu daño me place”, “sodomita sos vos”.

Pero además, el límite en el que se escribe *Austria-Hungría* no es sólo el límite de lo extremo allí donde ya no se puede más, sino que también es el límite análogo en el que los territorios se enrarecen como soporte de una idea de nación y de una identidad cultural: el recurso mismo a “Austria-Hungría”, con la complejidad que suponen en su relación identidad-territorio, la resonancia en torno a las guerras mundiales, la representación misma de una guerra que se alterna a través de los poemas (incluso en su construcción formal, que por momentos es teatral y didascálica), dejan “huellas” (Giorgi, 2004), en este poemario, de un problema en torno al cuestionamiento de los límites territoriales que hará serie con la primera parte de *Alambres*, el segundo libro de poemas publicado por Perlongher: qué hacen esos límites allí (y por qué *justamente* allí), qué historia deseante tienen detrás. En efecto, una serie de poemas publicados en *Alambres* (y también otros más, incluidos en primeras versiones del libro que finalmente Perlongher no publicó (tal como se puede constatar en su archivo documental alojado en la UNICAMP), reescriben ciertos sectores de la historia y la literatura argentina del siglo XIX que fundan la idea de ‘patria’, en medio de intrigas melodramáticas y delirios poéticos que a fuerza de falta de veracidad histórica cuestionan la verdad de esos límites, allí donde los poderes estatales en tensión y disputa de Argentina, Uruguay y Brasil los han trazado. La metáfora territorial también imanta a sus personajes (históricos y/o novelescos) que querrán desafiar los límites que los separan: el General Rivera le escribe una carta de amor a su “querida esposa Bernardina” Rivadavia; Lavalle, al dormir en la cama de Rosas, le canta un bolero; Moreira y Julián confundiendo los lunares del cuerpo. La culminación política de

este poemario, que se encuentra en el famoso “Cadáveres”, puede leerse también como el cierre *actual* de este recorrido: podría decirse que los “alambres” son los límites con los que está cercada la patria y en el territorio que delimitan lo único que hay son ‘cadáveres’ (ausentes). Los ‘alambres’, así, cercan un campo de concentración. Aunque, como se advertirá, claramente estoy realizando una lectura integral de estos poemarios (en términos conceptuales y formales), de todas maneras es posible señalar algunos poemas claves. De *Austria-Hungría*, pueden mencionarse “Canción de amor para los nazis en Baviera”, “Por qué seremos tan hermosas”, “(Estado y soledad)”, “Anales”. Y de *Alambres*, toda la primera serie (que Perlongher llama “la parte histórica”) más “Cadáveres”. Todos ellos recogidos en la edición de sus *Poemas completos* (2003).

Trinchera, “alambres”, límite(s): algo recorre la imaginación de estas figuras y ese ‘algo’, en este caso, es la aspiración a trazar separaciones respecto de otra cosa. En esa dirección, la trinchera de Perlongher no supone meramente la creación de un ghetto, sino, como ya señalamos, un *locus* bélico que, como tal, es un espacio de batalla activa pero que al mismo tiempo, lejos de plegarse a morales heroicas tan propias de los años ‘70 (léase: la guerra cuerpo a cuerpo como confrontación directa en la que dar –y perder- la vida es un valor), tiene la astucia estratégica de insistir en el cuidado de sí. Esto es: *poner* el cuerpo, en la medida en que por el solo hecho de disentir no deja de exponerse, pero sin entregarlo. O dicho en otros términos: no dejar de estar presente en la guerra, pero separándose, tomando distancia, en y desde la trinchera como un espacio de protección pero relativa en tanto allí también acecha el peligro que, no obstante, no llega a ser el peligro del campo abierto. Participar de la guerra pero escondiéndose: gesto propio de un “menor” o “treta del débil”, en cualquier caso Perlongher se está inventando “una posibilidad de vida”, *una salida*, que supone en sí misma un modo de darle batalla (y una respuesta: política y poética) a la guerra presente y, en términos más amplios, a los dispositivos de poder que quieren capturarlo, regularlo, normalizarlo.

Poemarios escritos en y desde la trinchera, *Austria-Hungría* y *Alambres* formarían una serie literaria (fundamentalmente el primero) con *Los pichiciegos* de Fogwill y, en términos más amplios, participarían del vasto contexto de interrogación y reinención literaria en Argentina en torno al pasado reciente y la comunidad (nacional) por venir que tienen lugar en la reapertura democrática. Y además, los debates intelectuales y ya no sólo literarios –aunque vayan juntos en muchos casos- encontrarán en Perlongher, como ya señalamos, un polemista siempre disidente con cualquier planteo que aspire a la proposición identitaria (en este caso, vinculada a la nación). Es esto es lo que ocurre a partir de la guerra de Malvinas (otra vez lo bélico, nuevo encuentro con *Los pichiciegos*), cuando las banderas nacionales se enarbolan desde una afirmación (política) de identidad cultural: Perlongher, espantado, gritará desde Brasil (con provocación totalmente *camp*) “¡todo el poder a Lady Di!”. Y más acá del gesto irónico, puesto que no se trata meramente de una pose anclada en lo políticamente incorrecto que se agota en sí misma, entenderá que ese “deseo de unas islas” es una reificación, como todo pensamiento identitario, que corta e interrumpe flujos y devenires. Islas en las que, además, Perlongher hace coincidir –no casualmente- la ansiedad nacionalista por un mero territorio (es decir, una identidad que encima tiene la desfachatez de querer ajustarse a asentamientos territoriales de orden geográfico) con la incipiente cultura gay que aspiraba a su isla identitaria (Perlongher, 1997). En este sentido, podría pensarse cómo isla se opone a trinchera.

Y desde estas ‘estrategias bélicas’ recorridas se desprende, también, el particular relato épico que la poética de Perlongher puede proponer: menos una historia de héroes y desafíos o de víctimas y verdugos que un regodeo en el delirio del horror cuya mostración exhibicionista resulta más verdadera en su poder de afección que los relatos pretendidamente veristas organizados sobre dicotomías morales. Es lo que ocurre, paradigmáticamente, en su poema “Cadáveres”, no casualmente considerado con el tiempo *el* poema político de la posdictadura. Dije “con el tiempo”:

justamente el ya mencionado escándalo que suscitó al principio por su ‘desparpajo’ en ciertos sectores intelectuales que pretendían contar una historia solemne, en simultáneo al total entusiasmo con el que fue recibido en otros circuitos culturales, es la prueba de las vacilaciones a las que dio lugar su fuerza inaudita. Y en general, esta singular épica delirante es la que se hace presente en el poemario *Alambres* (en el que se incluye el poema “Cadáveres”), no casualmente escrito en y desde Brasil a partir de la posdictadura y el retorno democrático. Aquellos héroes y heroínas tanto históricos como literarios, en cualquier caso legendarios, que organizan cierta biblioteca de ‘la patria’ y cuyas hazañas la fundan, son puestos a funcionar nuevamente en la ficción pero ya no en sus aventuras heroicas o ilustres sino en la imaginación del deseo: “Si ya venía montando, en *Austria-Hungría*, una especie de *épica sensual*, creo que *Alambres* avanza en el sentido de una *épica barroca*, donde la historia es deseada, alucinada en el deseo” (Perlongher, 1997, p.140).

Con lo recorrido hasta aquí en relación con los años de sus (experimentales) comienzos literarios, podrá advertirse cómo en Perlongher no pueden sino pensarse y desplegarse juntos, por esta época, los planteos poéticos (y políticos) en torno a la nación y la sexualidad, lo cual equivale a decir que su problema (conceptual, político y poético) es el pensamiento identitario, del cual nación y sexualidad son sólo dos variaciones.

Por esos años, la conocida configuración y hegemonía de una cultura gay asociada al mercado, cuyo impacto político sería una afirmación identitaria que, a la vez que comenzaba a negociar derechos e imponer visibilidad, consolidaba un estereotipo modélico, dio lugar al fuerte cuestionamiento de Perlongher, quien comenzó a vislumbrar, como ya señalamos, que las pacíficas islas amenazaban reemplazar la intensa batalla que ocurría desde la trinchera. Desde esta inflexión, la isla se entiende como la “normalidad paralela” y la trinchera como el sitio de resistencia y a la vez de batalla en la guerra sexual que, al explotar, abre la *mescolanza*⁶ y necesariamente obliga a replantear y reinventar

⁶ No casualmente uso este término, que posee un fuerte sentido rioplatense: se trata de una expresión muy significativa en la poética de Leónidas Lamborghini, escritor argentino con el que Perlongher establece una intensa filiación literaria.

todo el sistema sexo-genérico. En el que tal vez sea su ensayo más sobresaliente, “El sexo de las locas”, de 1984, Perlongher afirma:

El riesgo es que se apunta a la constitución de un territorio homosexual (...) que conforma no una subversión, sino una ampliación de la normalidad, la instauración de una suerte de normalidad paralela, de una normalidad dividida entre *gays* y *straights*. Tranquiliza de paso a los *straights*, que pueden así sacarse la homosexualidad de encima y depositarla en otro lado.

(...)

Mi idea es no retirar la homosexualidad del campo social, constituyendo un territorio separado de los puros, los buenos, los mártires, los ilustres. Hacer saltar a la sexualidad ahí donde está. (1997, pp.32-34)

Lo que se desprende de aquí también (y sobre todo) es el espacio abierto al que se aspira y con el que se sueña. Las cristalizaciones identitarias, como sabemos, presuponen por definición unos límites de distintos órdenes, entre ellos una poderosa imagen sobre la cual construir y asentar la relación de mismidad. Por eso, para decirlo con Daniel Link⁷, de lo que se trataría, en este caso en Perlongher, es de “sostener la indeterminación del ser en un más allá de la ley y el límite (no en el juego transgresor *alrededor* de él)” (2005, p.293). Y podríamos agregar: pensar las proposiciones de Perlongher desde cierta figura de la transgresión sería impertinente en la medida en que su aspiración se orienta a la corrosión de los límites para que advenga un espacio desconocido; la transgresión, por lo tanto, se revela totalmente incompatible con su gesto ya que lo que ella propone (por lo menos en cierta línea) es saltar o atravesar el límite, y de ese modo, el límite se mantiene intacto como tal y, lo que es peor, se ratifica como (única) verdad, confirmando así el binarismo que sostiene: o este lado o el otro.

Perlongher, que para el momento del ensayo referido ya se encontraba radicado en Brasil y consecuentemente avanzando en el desarrollo teórico que había comenzado en Buenos Aires, sabe vía Foucault –como ya señalamos– acerca del dispositivo de poder que supone la sexualidad mediante la “verdad” que interrogan y postulan las

⁷ Quien, en esta formulación, no casualmente está pensando en Foucault.

scientia sexualis. En este sentido, saber y poder van juntos, y entonces la pregunta angustiante ante la amarga conclusión de Foucault es de qué manera puede darse una salida o un punto de fuga a ese dispositivo que nos atrapa, en la medida en que la ya antigua voluntad de liberación se ha revelado -cuanto menos- ingenua y la afirmación identitaria efectúa una reificación normalizadora. Con lo cual, entonces, liberación e identidad siguen jugando el juego que plantea el poder del dispositivo sexual.

Una respuesta posible Perlongher la encontrará en la filosofía de Deleuze y Guattari (juntos y separados), pero más acá de lo explícito de esa filiación (que tampoco es meramente mimética puesto que Perlongher la articulará activamente mediante una firme traducción cultural), resulta de singular interés el modo en que se va a encontrar, en un acto esencialmente escriturario, con la impersonalidad del saber y su apertura de posibilidades desconocidas.

En este sentido, la comparativa con el francés Guy Hocquenghem es inminente: al igual que él, a quien lee y cita, Perlongher reitera el gesto conceptual y político de la proposición liberadora y revolucionaria en un primer momento mediante una relectura del deseo homosexual en la clave de *El Antiedipo*. Una relectura que, además, discute con el psicoanálisis, la psiquiatría y el marxismo en la misma medida en que a su manera los sigue legitimando como posible conocimiento verdadero. Por eso, si bien esta hermenéutica epistemológica da un paso adelante en tanto despatologización de la homosexualidad, al mismo tiempo seguiría quedando atrapada -pensándolo desde Foucault- en el mismo dispositivo que la inventó y la ratificó cada vez. Pero que Foucault realizara en el ínterin esa advertencia no le impidió ni a Hocquenghem ni a Perlongher (quienes, sin duda, escucharon a Foucault pero prefirieron hacerse los sordos) seguir avanzando en la dirección que entendieron más conveniente. Y en el camino, encontraron algunos saberes e inventaron algunas salidas que hoy nos siguen interpelando.

El “saber anal” que Beatriz Preciado (2009) lee y subraya en Hocquenghem resulta clarísimo en ese sentido y es nítidamente articulable en Perlongher. Se trata, dice Preciado, de un terrorismo textual que

interviene críticamente en el lenguaje heterosexual hegemónico. Otra vez entonces la trinchera: se trata de inventar una lengua con (y desde) la cual dar batalla. Preciado insiste en que Hocquenghem anticipa la teoría y las políticas *queer* y claro está que no se equivoca: del mismo modo que ocurre con Perlongher, el saber decisivo que afirmaron fue, aún desde la ‘ingenuidad’ de formalizarlo en términos de “liberación” o “revolución” -o precisamente por eso: el saber también se encuentra en el error-, es que para que el deseo fluya sin normalizarse, para que pueda experimentarse sin capturarse, es el sistema sexo-genérico completo el que tiene que corroerse y reinventarse. Ese fue el sueño que nos legaron y por eso, hoy, nuestra disidencia se reencuentra con la de ellos.

Pero además de la potencia afirmativamente disidente de Perlongher en estos términos, él es también un adelantado a la teoría *queer* en las postulaciones analíticas que realiza desde su trabajo como antropólogo social. En su tesis sobre la prostitución masculina en San Pablo, Perlongher llega a conclusiones que, aunque no exactamente homologables, sí son sumamente analogables con las teorizaciones de Judith Butler en torno a la performatividad de género en su sentido ritual y ‘teatral’. Así, analizando las construcciones de masculinidad llevadas a cabo por los *michês*, o mejor, sus *simulaciones* (recurriendo con este concepto al pensamiento de Severo Sarduy (1999), otro adelantado *queer* del que Perlongher es teórica y poéticamente gran deudor), señala:

La virilidad -y no tanto la virilidad sino su impostación, su caricatura- revela su valor de cambio. (...)

Disimulación, simulacro: el macho debe mantener su (im) postura viril, no sólo como parte de la propia maquinación perversa, sino también como exigencia del mercado. (1999, p.229)

Otro tanto ocurre con el sida. En el breve libro que en 1987 le dedicó al tema⁸, Perlongher va a

⁸ El libro fue escrito en portugués y publicado en Brasil en 1987 (San Pablo, Brasiliense) y, al año siguiente, editado en español en Buenos Aires. La versión argentina lleva como título *El fantasma del sida* y tiene el mérito de poner de relieve ese “fantasma” en el nombre del libro, lo cual no ocurre en la edición brasileña que, más escueta, se titula *O qué é AIDS*, debido a la colección en la que se insertaba. Por lo demás, el libro, hoy, se halla un poco olvidado -tal vez porque así lo quiso Perlongher mismo.

entender, otra vez vía Foucault, que el sida es una nueva regulación discursiva de la sexualidad que vuelve a instalar una otredad peligrosa –como hasta hacía muy poco era “el homosexual”. Y aunque en cierto sentido desdeña el fenómeno (como si fuese una cosa pasajera), no se equivoca en lo esencial: su estatuto imaginario, es decir de *fantasma*, y que como tal impactará en lo real transformando y redefiniendo los modos de subjetividad y de relación sexoafectiva.⁹ Esto último, que Perlongher imagina y ve como proyección, casi como una previsión o como un visionario¹⁰, sabemos que efectivamente así terminó ocurriendo. El libro comienza de este modo:

Un fantasma recorre los lechos, los flirts, los callejeos: el fantasma del SIDA. La sola mención de la fatídica sigla (...) basta para provocar una mezcla morbosa de curiosidad y miedo. (1988, p.9)

Un comienzo que, claro está, evoca (es decir, recuerda, reescribe y tuerce) al “fantasma que recorre Europa” con el que se abre el *Manifiesto Comunista*. Pero más allá de las operaciones concretas que realiza Perlongher a lo largo de ese libro, y más allá también de lo que pueda leerse allí como mera estrategia retórica (a la manera de una *captatio benevolentiae*, que por cierto tampoco lo es, y si lo fuera tampoco es desdeñable porque allí se cifra todo), lo que nos importa aquí es señalar el modo en que es entendido: una vez más, la lucidez de Perlongher hace tres décadas (y para el sida esas tres décadas son toda su vida) es un “eco anticipado” del futuro, es decir, de nuestro presente. Se trata, entonces, de un fantasma que nos *afecta*. Por eso, el final del libro es elocuente:

Hay, para las poblaciones amenazadas, un riesgo real –que no debe ser, con todo, sobrestimado-.

⁹ Fantasma no sólo en relación con la enfermedad en sí (muy cerca también de las “metáforas” que lúcidamente señala Susan Sontag por los mismos años) debido también al pánico que instalará (y recordemos, también, *antes*, el “pánico homosexual” (Sedgwick 1998)), y que efectivamente instalará como monstruos a los seropositivos y enfermos (y aquí se exhibe la correlación entre fantasma y monstruo (Cfr. Link 2005 y 2009)), sino también –mirado desde otro lugar- el fantasma *económico* que recorre a la enfermedad y que Perlongher también señala.

¹⁰ Y no sería ocioso recordar, incluso por lo que pueda tener de divertida la imagen, su propio “devenir bruja” a partir de las interrogaciones místicas y religiosas de sus últimos años de vida.

Se trata, tal vez, de un inestable compromiso entre el riesgo y el gozo, sujeto a los vaivenes del deseo. Esa afirmación del deseo no debería ser vivida (como quiere la histeria higienista) con culpa y mala conciencia, sino con alegría. Sería paradójico que el miedo a la muerte nos hiciese perder el gusto por la vida. (Perlongher, 1988, p.99).

Se trata, claro, de la pregunta (y la apuesta), lanzada hacia el futuro, por la vida-por-venir, incluso en términos de *afección*¹¹. En este sentido, la emergencia del sida y la consecuente crisis provocada terminó invadiendo por igual la trinchera y la isla identitaria: el retorno de los discursos normativos y patologizantes, por un lado, obligó a afirmar la isla identitaria como modo de *salvarse* (la imagen-estereotipo del gay saludable), y por otro, hizo que la trinchera tuviese que reinventarse para *sobrevivir*: sexualidades y afectividades (en ambos casos: *relaciones*) se transformaron mediante diversos modos de redefinición a fuerza de exceso vital e intensidad. En cualquier caso, las homosociabilidades (sobre todo masculinas, para lo que estamos recorriendo aquí) se transforman para siempre: el paisaje cambia, la historia ya es otra.

Y hablando de finales (textuales y temporales) como límite que señala el tránsito hacia un umbral, hay dos conocidos ensayos de Perlongher que culminan con sendas proposiciones que hoy ya son clásicas y recordamos de memoria, por el valor casi de consigna que han adquirido, pero que aquí quisiéramos redimensionar en su más allá: como desafío al futuro. Uno de los ensayos, es el ya citado “El sexo de las locas” de 1984:

Y una arenga final: no queremos que nos persigan, ni que nos prendan, ni que nos discriminen, ni que nos maten, ni que nos curen, ni que nos analicen, ni que nos expliquen, ni que nos toleren, ni que nos comprendan: lo que queremos es que nos deseen. (Perlongher, 1997, p.34)

Y el otro, es “La desaparición de la homosexualidad”, de 1991:

Ahora, la saturación (por supuración) de esta trasegada vía de escape intensivo que significó, a pesar de todo, la homosexualidad, con su reguero de víctimas y sus jueguitos de desafiar a la muerte

¹¹ Y recordemos, de paso, el modo en que se habla en cierto momento de “afectados” por el sida.

(...), favorece que se busquen otras formas de reverberación intensiva, entre las que se debe considerar la actual promoción expansiva de la mística y las místicas, como manera de vivir un éxtasis ascendente, en un momento en que el éxtasis de la sexualidad se vuelve, con el Sida, redondamente descendente.

Con la desaparición de la homosexualidad masculina (...), la sexualidad en general pasa a tornarse cada vez menos interesante. Un siglo de joda ha terminado por hartarnos. No es casual que la droga (aunque sean sus peores usos) ocupe crecientemente el centro de las atenciones mundiales. Mal que mal, la droga (o por lo menos ciertas drogas, los llamados alucinógenos) acerca al éxtasis y llama (...) a algún tipo de ritualización (...).

Abandonamos el cuerpo personal. Se trata ahora de salir de sí. (Perlongher, 1997, p.90)

Así, si en el primero Perlongher todavía está afirmando (o mejor: batallando en y desde la trinchera) la potencia urgente de un deseo que quiere no sólo visibilizarse, no sólo dejar de encarnar la violencia en sus cuerpos, sino sobre todo abrir(se), dar(se), inventar(se) un espacio desconocido, “una posibilidad de vida” –para decirlo con Deleuze (1996)-, una *mescolanza* que desordene todas las clasificaciones, en el segundo, con una lucidez que no es opacada por el tono escéptico o desilusionado, Perlongher vislumbra el fin de un tiempo (muy cerca de su propio fin, es decir, de su muerte) que es nada menos que el fin de la (homo)sexualidad, y que marca el tránsito hacia nosotros. En ese sentido, el abandono del cuerpo personal, entendido como carne despojada de sexo y género, va a adquirir en Perlongher la forma de una salida de sí que se entrega a la interrogación mística como posibilidad de experimentación sensorial.

En efecto, ya estamos aquí ante el tiempo en que Perlongher se entrega a *la escritura de un cuerpo en trance místico-narcótico-monstruoso* que experimenta (en) los límites de lo que se entiende por vida vivible, esto es, el espacio de las regulaciones normalizadoras separado de la anomalía (Foucault), o en un sentido diferente, de la inasimilación que supone lo abyecto (Kristeva, 2010). En este sentido, este último tramo de la vida y la obra de Perlongher, atravesada por la entrega a la religión de la ayahuasca y por el diagnóstico de sida, cifra, como ya señalamos, la insistencia acerca

de la salida de los límites de la carne, la cual puede pensarse como la gestión de un cuerpo nuevo, tal vez con otros límites. Pero, si como nos enseña Jean-Luc Nancy (2003a, 2007), el cuerpo es pura extensión cuyo límite es la piel: ¿de qué salida se trata?

Perlongher, pese a la clara inflexión que supone este momento, seguirá entendiendo estas vivencias desde las filosofías de Georges Bataille y Deleuze-Guattari, a las cuales, como sabemos, ya adscribía desde antes. No obstante, es posible indagar en otra dirección y señalar el modo en que ese cuerpo en trance místico-narcótico plantea en su propia soberanía un recorrido de-sí-a-sí, una “excritura” (Nancy, 2003a, 2007), que en este caso quiere desafiar los límites sensoriales e ingresar en otro registro: la ingesta de drogas alucinógenas en un marco de rito religioso es el medio material y el evento significativo de esa aspiración experimental. Y al mismo tiempo, la escritura del cuerpo narcótico-monstruoso: en el marco de la aparición del sida, como sabemos, los artefactos médicos-farmacológicos exhibieron un biopoder capaz de instalar una nueva política de lo monstruoso en los albores del fin de siglo (Link, 2005) que construyó una otredad peligrosa (el *afectado* que está infectado y es capaz de contagiar), a la vez que reguló, mediante diversas combinaciones químico-farmacológicas, (el resto de) la vida de esos cuerpos enfermos que, en el contexto de Perlongher, estaban condenados a muerte. El límite, así, separa la vida ‘sana’ de la vida “exterminable” (Giorgi, 2004) del monstruo, que no llevó una vida ‘sana’ (en este caso, sexualmente hablando) y por eso es preciso clasificarlo pasándolo del otro lado; pero también es el límite –casi como un correlato- entre la vida a secas y su límite irreductible y absoluto en tanto es el fin: la presencia de la muerte. Perlongher registra esta vivencia en sus cartas, la analiza teóricamente y la “canta” (Kamenszain, 1996) en su poesía: gestos, todos estos, cuyo único fin es postergar el fin: llevar la propia vida más allá corriendo el límite (inminente y próximo) de la muerte.

Por eso, lo que la escritura de Perlongher sabe (incluso o sobre todo como poder de afección) es que poniéndose al límite de sí misma deja advenir un cuerpo que en su propio borde se roza, se “lame”,

se fricciona, se tensa, se erecta, se abre, en fin, se pone en con-tacto y, en su límite mismo, *toca*¹² lo incorporal del sentido. Ya sea en sus denuncias hacia eventos homofóbicos, ya sea en su política (poética) de trinchera que batalla con la heteronormatividad para afirmar un deseo disidente, ya sea en el marco del estallido del sida, la pregunta estaría girando en torno a cómo esos cuerpos deseosos de relaciones homosexuales pueden afectarse, tocarse, *sentirse*, sin ser violados o violentados: *cómo pueden vivir-juntos-en-el-mundo*.¹³ Se podrá comprender, entonces, la íntima e intensa relación entre límite y experiencia que se ha ido proponiendo. Por definición, siguiendo a Maurice Blanchot (1996), la experiencia es siempre experiencia-(en y de los)-límite(s), de manera que ese límite experimentado posibilitará su propia corrosión y, por lo tanto, la ruina de eso que opone o divide. En este sentido, la in-mediatez de la experiencia permite vislumbrar la aparición de “gestos” (Agamben, 2005) que la mediación –cualquiera sea su naturaleza- hace desaparecer, desconociendo así el proceso de la experiencia. De allí que, en general, importe e interese más situarse en el *más acá* de las pronunciaciones explícitas realizadas en la escritura. Y por eso, también, el retroceso ante el valor que se le adjudica al impulso transgresor -aunque sin dejar de reconocerlo como tal.

Es, además, por estas conjeturas esgrimidas y recorridas aquí que Perlongher es nuestro contemporáneo: porque vio la “íntima oscuridad de su tiempo” (Agamben, 2007), porque lanzó y formuló un “eco anticipado” (Sarduy, 1999; Link, 2005 y 2009) a nuestras propias preguntas, porque con y desde la suma de conocimientos de su tiempo

¹² Sobre la noción de tacto, Jean-Luc Nancy observa que: “En un sentido, pero qué sentido, *el* sentido *es* el tacto. El ser-*aquí*, lado a lado, de todos los seres-*allá* (seres arrojados, enviados, abandonados en el allá).” (Nancy 2003b: 103).

¹³ Y a propósito del modo en que estamos siguiendo a Jean-Luc Nancy en estas conjeturas, es interesante advertir cómo sus inquietudes se juntan: entiende Nancy que “estar en común, o estar juntos, y aún simplemente o de manera más directa, estar entre varios, es estar en el afecto: ser afectado y afectar. Es ser tocado y es tocar. El ‘contacto’ –la contigüidad, la fricción, el encuentro y la colisión- es la modalidad fundamental del afecto. Ahora bien, lo que el tocar toca es el límite: el límite del otro –del otro cuerpo, dado que el otro es el otro cuerpo, es decir lo impenetrable (penetrable únicamente a través de la herida, no penetrable en la relación sexual en que la ‘penetración’ es nada más un tocar que empuja el límite más allá). Toda la cuestión del co-estar reside en la relación con el límite: ¿cómo tocarlo y ser tocado sin violarlo?”. (Citado por Daniel Alvaro en Nancy 2007: 62)

y desde los interrogantes de su coyuntura histórica Perlongher *ya está hablando* de nosotrxs y nos está planteando respuestas (y salidas) posibles. Por eso la vitalidad y la potencia inactual (es decir, no precedera) de la vida y el pensamiento (o sea, la obra) de Perlongher: porque soñó de cara al futuro y su futuro (que incluye sueños pero también pesadillas) es hoy uno de nuestros presentes.

4. “Gender trouble” según Perlongher.

En la obra de Perlongher, como ya debe estar suficientemente claro, la sexualidad (y la invención de su dispositivo: el sexo) es central; y aún con todas las fundamentaciones teórico-críticas del caso que se puedan elaborar, esto constituye una evidencia y un lugar común. Es decir, alcanza con recorrer trivialmente esta obra, incluso de modo parcial, y sin mayores indagaciones críticas, para que ello salte a la vista. No obstante, es posible dejar abierto un desafío crítico en torno a la posibilidad de volver con una mirada un tanto extrañada sobre *ese* tema, en *esa* obra (y de cuyo lugar común la crítica se ha hecho eco inmediatamente, constituyendo, ella misma, su propio lugar común). Es decir, el lugar común no necesita subrayarse porque se impone solo, por su propia fuerza, por definición; y sin embargo, siempre resulta interesante volver sobre él.

En esta dirección, al tomar como instrumento crítico la categoría de género (en sentido literario, discursivo y sexual), es posible sostener sus separaciones operativamente y en principio pero con el fin de cuestionarlas. De modo que concentrarse en la producción teórica y crítica de Perlongher (rótulo un tanto impreciso bajo el cual es posible agrupar sus escritos ensayísticos, académicos y testimoniales) exige una lectura pendular que se proponga un recorrido transversal por ciertos poemas. La indagación, entonces, se orienta no sólo por el arco más o menos biográfico-intelectual (desde sus intervenciones activistas en el Buenos Aires de la década de 1970 hasta su reflexión bastante sistemática en Brasil en los ’80) sino también por *cómo* escribe las postulaciones en torno a la sexualidad, más allá de la ‘idea’ en sí. Es decir, no sólo ‘qué’ piensa (lo cual, claro está, no deja de ser insoslayable porque, como ya señalamos,

atraviesa toda su obra) sino también ‘cómo’ escribe eso que piensa. Y fundamentalmente: qué encuentra –al escribirlo– que no estaba entre sus planes, y hasta dónde puede llegar con sus proposiciones (o hasta dónde las puede llevar) mediante la escritura. Claramente, esto torna al problema en literario y poético y, en efecto, sostenemos que es fundamentalmente en la escritura de la sexualidad donde la obra de Perlongher exhibe la desestabilización y por lo tanto la falla de los límites genéricos (en todos los sentidos) a través de sus puestas al límite. Si seguimos con Judith Butler (2008) la realización performativa del género (ahora en sentido lingüístico), pues entonces resulta evidente que cualquier proposición en torno al género va a estar necesariamente vinculada al modo específico de su formulación discursiva. Pero además, es preciso tener en cuenta que los géneros (en todos los sentidos) no suponen sólo regímenes clasificatorios sino también, y sobre todo, matrices que orientan la percepción.

En relación específica con la escritura, esa búsqueda perlongheriana que sobre la que venimos dando vueltas, y que es una búsqueda esencialmente literaria y poética, también puede ubicarse con bastante comodidad –en lo que tiene de eminentemente reflexiva, en tanto impulso de saberdentro de una búsqueda ensayística. De allí que en esta dirección, al focalizar sus ensayos, el brillo de éstos se hace presente, antes que como confirmación o adaptación o difusión de conocimientos y teorías (reducibles a la figura del académico, del activista, etc.), como el hallazgo de algo desconocido por medio de la escritura y como construcción de saberes alternativos, eventuales o (como gustaría decir a Perlongher) menores y plebeyos. La figura del ensayista nos permite absorber o concentrar casi todas las facetas o caras funcionales desde las que el ensayo fue abordado: activista, teórico, intelectual, antropólogo, académico. Mediante el ejercicio de todas estas funciones, Perlongher escribirá, en principio, para reproducir y confirmar lo que ya sabe desde y en cada una de ellas. Pero también, y sobre todo, escribirá para saber algo desconocido, entregándose a su propia deriva, y eventualmente se producirá en su escritura algún hallazgo. Cuando esto ocurre (y tal vez ni el mismo Perlongher lo percibiera),

o mejor, cuando esto *ocurra* –así, con el modo verbal corregido, puesto que se actualiza con cada lectura-conjeturamos, en ese saber provisorio y ensayado, qué pasa con el sexo –según nos dice Perlongher a propósito del sistema de ‘clasificación’ vigente en su época– en la teoría, la vida y la política y *entre* ellas. Qué ocurre, además, con y en su(s) límite(s).

Ahora bien: ¿qué hace, a qué nos conduce, en definitiva, la escritura del sexo de Perlongher? Considerar este punto supone, insoslayablemente, articular la trama de relaciones entre el problema de la identidad sexual (digamos, ‘gay’, sobre la cual Perlongher repitió una y otra vez su disidencia) y ciertos planteos de género (sexual) un tanto inéditos en la década de 1980. Así, por ejemplo, la loca o la marica (su figura, su imagen, su cuerpo), circulando por poemas y ensayos, exhibe, en su performance femenina, ante todo la heterogeneidad o no contigüidad entre la realidad biológica del sexo anatómico y la puesta en escena del género (lo cual ya supone un paso adelante en relación con los planteos feministas que le son actuales), y sobre todo, lo que exhibe es la desestabilización en el límite que sostiene el binarismo de género, puesto que no se trata de un ‘cruce’ de género ya que de ser así se seguiría sosteniendo y ratificando la dicotomía. De manera similar al modo en que luego sería retomado por Roberto Echavarrén (en su caso, mediante el ideal del andrógino), no se trata tampoco de una mixtura, hibridez o ‘suma’ de géneros (masculino ‘y’ femenino, masculino ‘con’ femenino, masculino ‘más’ femenino) porque de esa manera se estarían reconociendo como verdades dadas e inmutables. Lo que ocurre, suspendido el binarismo ‘de los’ géneros, es una salida ‘del’ género mismo, más precisamente, de sus normas. Esa salida es una fuga, un ‘fuera de género’ hacia algo que está más allá de sus límites. Y esto a su vez no significa un atravesamiento de los límites sino su tensión *hasta* el límite máximo del que sea posible. Porque la disolución y la corrosión se producen desde adentro. Entonces el ‘fuera de género’ no será pasar del otro lado sencillamente porque en este caso no hay otro lado. (No podemos vivir sin género, la vida es generizada [*engendered*], no hay subjetividad posible fuera de la matriz de inteligibilidad, nos dice Judith Butler (2007)). Lo

que sí es posible es expandir los límites: y entonces por eso llevar al límite –como una cuerda que se tira y se tira- las salidas de las normas de género, para que ese límite se expanda: correr el límite. Pero para correrlo, es preciso tocarlo (Nancy, 2003a, 2003c, 2007), llegar hasta él: llevarlo al extremo: llevar el límite hasta su propio límite.

En el reverso de esto, como dando la vuelta por otro lado, Perlongher –como señalamos más atrás- pone en evidencia, en su ensayo antropológico sobre los prostitutas paulistas, la ‘pose hiperviril’ de éstos con la cual quieren garantizar ser ‘hombres de verdad’. El sistema de valores sexo-genéricos que está subyaciendo aquí, con su ‘proliferación categorial’ (masculino-femenino, homo-heterosexual, activo-pasivo), exhibe un delirio clasificatorio que, tanto más específico, tanto más revela su falla. Los prostitutas hipermasculinos, nos sugiere Perlongher, precisamente por afirmar la masculinidad como actuación (independientemente de que lo sepan o no, de que lo crean o no), ponen en escena las fracturas de las normas de género (esto es, la desestabilización de sus limitaciones) antes que su confirmación. Y a esto es posible agregar que por lo tanto, al hablar de ‘masculino’ y ‘femenino’, se estarán nombrando espacios enrarecidos, suspendidos, que habrán perdido su razón y su efecto por la descomposición de sus límites, pero que sin embargo, operarán como parámetros subyacentes para seguir nombrando o designando *de algún modo* ciertos ‘atributos’ de aquellos que se fugan de su clasificación históricamente delimitada.

De este modo, no se trata tampoco de una negación perpetua (o sea, ‘ni’ masculino ‘ni’ femenino, que también podría aplicarse a ‘ni’ homosexual ‘ni’ heterosexual). Es preciso entonces, considerando además la lógica opositiva con la que lo estamos exponiendo, subrayar la sustracción respecto de la mera negatividad y señalar lo afirmativo, a saber, algo que está más allá, en un lugar no reconocible, y que para que advenga, para que el hallazgo o el encuentro ocurra, es preciso suspender el límite –afirmando la suspensión- y situarse más allá de él (lo cual, otra vez, no significa situarse ‘afuera’). Se trata de la potencia afirmativa de lo abierto.

En este sentido, lo que la escritura de Perlongher sabe (tal vez sin saberlo él mismo) es que la escritura del sexo no tiene por qué obedecer a los

límites genéricos (poesía, ensayo, tesis académica-disciplinar, etc.) que establecen hasta dónde llegan cada uno. Y si ya hemos expuesto algunas conjeturas en torno al ensayo, es posible también agregar ahora la relevancia de su poesía, a contrapelo no sólo de su pretendida opacidad referencial sino también de su ‘inmanencia’, y de sus crónicas y testimonios con la ilusión verista que traen aparejadas, considerándolas en el mismo límite ficcional. La singularidad del impulso de escritura del sexo, entonces, puede ser comprendida como previa a la forma genérica que se adopte y no al revés, es decir, no una escritura determinada por el género. Y es precisamente de este modo que la escritura del sexo –como invención histórica- puede devenir escritura de la sexualidad a secas, que de esta manera abre sus posibilidades más allá de un dispositivo de poder normalizador. Así, Perlongher pone a prueba los límites genéricos y a fuerza de suspensión los ensancha, muestra que pueden correrse más allá y llegar más lejos. (Y esto puede leerse en perfecto paralelo coyuntural con las apuestas de visibilidad homosexual de la década de 1980 que buscaban, justamente, correr el límite para ampliar lo visible.) Nuevamente, no se trata de una mera transgresión, como si de pasar al otro lado se tratara, puesto que esto probaría la taxatividad e inmovilidad de esos límites, es decir, los confirmaría y ratificaría como verdad. Esto también explica que tampoco se trata de una simple mixtura. Lo que ocurre es que al expandir los límites, ‘eso’ que delimitaban cambió de estatuto y pasó a ser otra cosa.

De esta manera, otra vez comprobamos cómo Perlongher llevará a cabo literariamente (retomando y radicalizando las obras de Manuel Puig y de Severo Sarduy) un preanuncio, casi una predicción visionaria, de lo que unos años más tarde se iban a formular como los postulados y las operaciones queers, tanto como acontecimiento histórico como en sus formulaciones teórico-críticas que luego se instituyeron como área de saber académica y específica, al mismo tiempo que informan en gran medida a los grupos activistas. Y por supuesto, lo queer como forma o estilo de vida.

Pero saliendo del sexo y llegando a la sexualidad para volver al término que más lo representa en la voz del propio Perlongher, es decir, al deseo,

es preciso apuntar que la pregunta por el deseo se llevó hasta un límite tan extremo –el límite del propio límite– que a fuerza de estirarlo redefinió *eso* que delimitaba y en consecuencia dejó de ser sexual. En efecto, sobre el final de su vida (o sea,

de su obra), cuando la pregunta sobre el deseo – como experiencia por definición intensa y salida de sí– adquiera un punto de inflexión, en tanto ese deseo ya no es eminentemente sexual, se abrirá la interrogación sobre la escritura de esa salida.

Fuentes Néstor Perlongher:

- Perlongher, N. (1988). *El fantasma del sida*. Buenos Aires: Puntosur.
- Perlongher, N. (1999). *El negocio del deseo. La prostitución masculina en San Pablo*. Buenos Aires: Paidós.
- Perlongher, N. (2003 [1997]). *Poemas Completos (1980-1992)*. (R. Perlongher, Ed.) Buenos Aires: Seix Barral.
- Perlongher, N. (2006). *Papeles insumisos*. (A. Cangí, & R. Jimenez, Edits.) Buenos Aires: Santiago Arcos.
- Perlongher, N. (2006). *Un barroco de trinchera. Cartas a Baigorria 1978-1986*. (O. Baigorria, Ed.) Buenos Aires: Mansalva.
- Perlongher, N. (1997). *Prosa plebeya. Ensayos 1980-1992. Selección y prólogo de Christian Ferrer y Osvaldo Baigorria*. Buenos Aires: Colihue.

Referencias Bibliográficas

Teórico-Crítica:

- Adorno, T. W. (1998). El ensayo como forma. *Pensamientos de los confines*(1), 247-259.
- Agamben, G. (2005). El autor como gesto. (A. Hidalgo, Ed.) *Profanaciones*, 81-94.
- Agamben, G. (2010). “¿Que es lo contemporáneo?” *Otra Parte*(20).
- Altamirano, C. (2005). *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Baigorria, O., & Ferrer, C. (1997). Perlongher prosaico. En N. Perlongher, *Prosa plebeya. Ensayos 1980-1992* (pp. 7-12). Buenos Aires: Colihue.
- Baigorria, O. (2006). Prologo. En N. Perlongher, *Un barroco de trinchera. Cartas a Baigorria 1978-1986* (pp. 7-25). Buenos Aires: Mansalva.
- Barthes, R. (2009 [1982]). Escritores, intelectuales, profesores. En R. Barthes, *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos y voces*. Barcelona: Paidós.
- Bersani, L. (1998 [1995]). *Homos*. Buenos Aires: Manantial.
- Blanchot, M. (1992 [1955]). *El espacio literario*. Barcelona: Paidós.
- Blanchot, M. (1996 [1969]). *El diálogo inconcluso*. Caracas: Monte Avila.
- Butler, J. (2007 [1990]). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.

- Butler, J. (2008 [1993]). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Barcelona: Paidós.
- Cordoba, D., Sáez, J., & Vidarte, P. (2005). *Teoría Queer. Políticas Bollerías, Maricas, Trans, Mestizas*. Madrid: Egales.
- Deleuze, G. (1996). *La literatura y la vida*. En G. Deleuze, *Crítica y Clínica*. Barcelona: Anagrama.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (1975). *Kafka. Por una literatura menor*. Mexico: Era.
- Echavarren, R. (2004). La osadía de los flujos. En N. Perlongher, *Papeles insumisos* (págs. 463-467). Buenos Aires: Santiago Arcos.
- Echavarren, R. (1998). *Arte andrógino. Estilo versus moda en un siglo corto*. Buenos Aires: Colihue.
- Fogwill, R. (2010 [1983]) *Los Pichiciegos*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Foucault, M. (1996 [1994]). *De lenguaje y literatura*. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (2008 [1976]). *Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Garramuño, F. (2009). Poesía, vida e historia. En F. Garramuño, *La experiencia opaca. Literatura y desencanto*. Buenos Aires: FCE.
- Giorgi, G. (2004). Sodoma Buenos Aires. En G. Giorgi, *Sueños de exterminio. Homosexualidad y representación en la literatura argentina contemporánea*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Giordano, A. (2005). Modos del ensayo. De Borges a Piglia. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Guattari, F., & Rolnik, S. (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Hocquenghem, G. (1980). A contestação homossexual. São Paulo: Brasiliense.
- Hocquenghem, G. (2009 [1972]). El deseo homosexual. Santa Cruz de Tenerife: Melusina.
- Kamenzain, T. (1996). El canto del cisne de Néstor Perlongher. En Cangí, & Siganevich, *Lúmpenes peregrinaciones. Ensayos sobre Néstor Perlongher* (pp. 201-204). Rosario: Beatriz Viterbo.
- Kamenzain, T. (2000). El canto del cisne de Néstor Perlongher. En T. Kamenzain, *Historias de amor (y otros ensayos sobre poesía)* (pp. 151-154). Buenos Aires: Paidós.

- Kamenzain, T. (2003 [1997]). Epilogo. En N. Perlongher, *Poemas Completos (1980-1992)* (pp. 377-380). Buenos Aires: Seix Barral.
- Kosofsky Sedgwick, E. (1998 [1990]). *Epistemología del armario*. Barcelona: Ediciones de la Tempestad.
- Kristeva, J. (2010) [1980]. Poderes de la perversión. México: Siglo XXI.
- Lemebel, P. (s.f.). *Pedro Lemebel Selección de textos*. Obtenido de El Ortiba: <http://www.elortiba.org/lemebel.html>.
- Link, D. (2005). Clases. Literatura y disidencia. Buenos Aires: Norma.
- Link, D. (2009). Fantasmas. Imaginación y sociedad. Buenos Aires: Eterna cadencia.
- Ludmer, J. (1984). Las tretas del debil. En G. Patricia, & O. Eliana (Edits.), *La sartén por el mango. Encuentro de escritoras latinoamericanas*. Río Piedras, Huracán: Huracán.
- Moreno, M. (1996). Personal. En S. Cangi, *Lúmpenes peregrinaciones. Ensayos sobre Néstor Perlongher*. (pp. 194-197). Rosario: Beatriz Viterbo.
- Moreno, M. (2002). Performances intelectuales argentinas. En M. Moreno, *El fin del sexo y otras mentiras*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Moreno, M. (2002). Perlongher en primera. En M. Moreno, *El fin del sexo y otras mentiras*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Moreno, M. (21 de Marzo de 2008). Una Lengua Política. *Soy*, 12.
- Nancy, J. (2003a). Corpus. Madrid: Arena.
- Nancy, J. (2003b). El sentido del mundo. Buenos Aires: La Marca.
- Nancy, J. (2007). 58 indicios sobre el cuerpo. Extensión del alma. Buenos Aires: La Cebra.
- Pasolini, P. P. (1983) [1975]. Escritos corsarios. Barcelona: Planeta.
- Pasolini, P. P. (2005) [1962]. Empirismo herético. Córdoba: Brujas.
- Pasolini, P. P. (2005). Pasiones heréticas. Correspondencia 1940 – 1975. Buenos Aires: El cuenco de Plata.
- Preciado, B. (2009). Terror anal: apuntes sobre los primeros días de la revolución sexual. En G. Hocquenghem, *El deseo homosexual*. Santa Cruz de Tenerife: Melusina.
- Rapisardi, F. y Modarelli, A. (2001). Fiestas, baños y exilios. Los gays porteños en la última dictadura. Buenos Aires: Sudamericana.
- Said, E. (1996) [1994]. Representaciones del intelectual. Barcelona: Paidós.
- Salessi, J. (2000) [1995]. Médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina. (Buenos Aires: 1871 – 1914). Rosario: Beatriz Viterbo.
- Sarduy, S. (1999). Barroco [1974] y La simulación [1982]. En *Obras Completa* (Gustavo Guerrero y Francois Wahl ed., Vol. II, Madrid: Colección Archivos.
- Sontag, S. (1977/1988). *La enfermedad y sus metáforas/ El sida y sus metáforas*. Buenos Aires: Taurus.
- Starobinski, J. (1998). ¿Es posible definir el ensayo? *Cuadernos Hispanoamericanos* (575), 31-40.
- Torres, S. (12 de Marzo de 2010). Niebla del Riachuelo. *Soy*, 12.

